

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
28 Septiembre 1889.
NÚMERO 52.

Señores...

Hoy cumple Los MADRILES su primer año de publicación.

Ahora ha un año, salió por esos mundos de Dios su primer número, y aún recordamos con emoción profunda, con gratitud eterna, la entusiasta acogida que ustedes le dispensaron.

Grandes, muy grandes han sido los obstáculos que para llegar hasta aquí hemos tenido que vencer. Dificultades al parecer insuperables, la falta de elementos, la rutina, los moldes antiguos oponiendo su perezoso paso á nuestros deseos de avanzar, llegaron algún día á hacernos sentir desaliento, á temer que la empresa que con tanto entusiasmo habíamos comenzado y obtuvo un éxito tan lisonjero, fracasara cuando veíamos más cercana la realización completa de nuestro pensamiento.

Afortunadamente, y gracias á ustedes ¡oh ilustres señores!, podemos hoy cantar victoria. Venciendo las dificultades, arrollando los obstáculos, rompiendo en mil pedazos los moldes antiguos, Los MADRILES se ha abierto paso y marcha desembarazadamente por un camino franco y sin tropiezos.

Claro está ¡cómo no estarlo! que falta todavía mucho por hacer; pero vivan ustedes confiados: todo se hará.

Preparamos á ustedes una serie de sorpresas, un montón tal de cosas, que no lo salta un gitano.

Señores...

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 "

Ultramar y Extranjero.

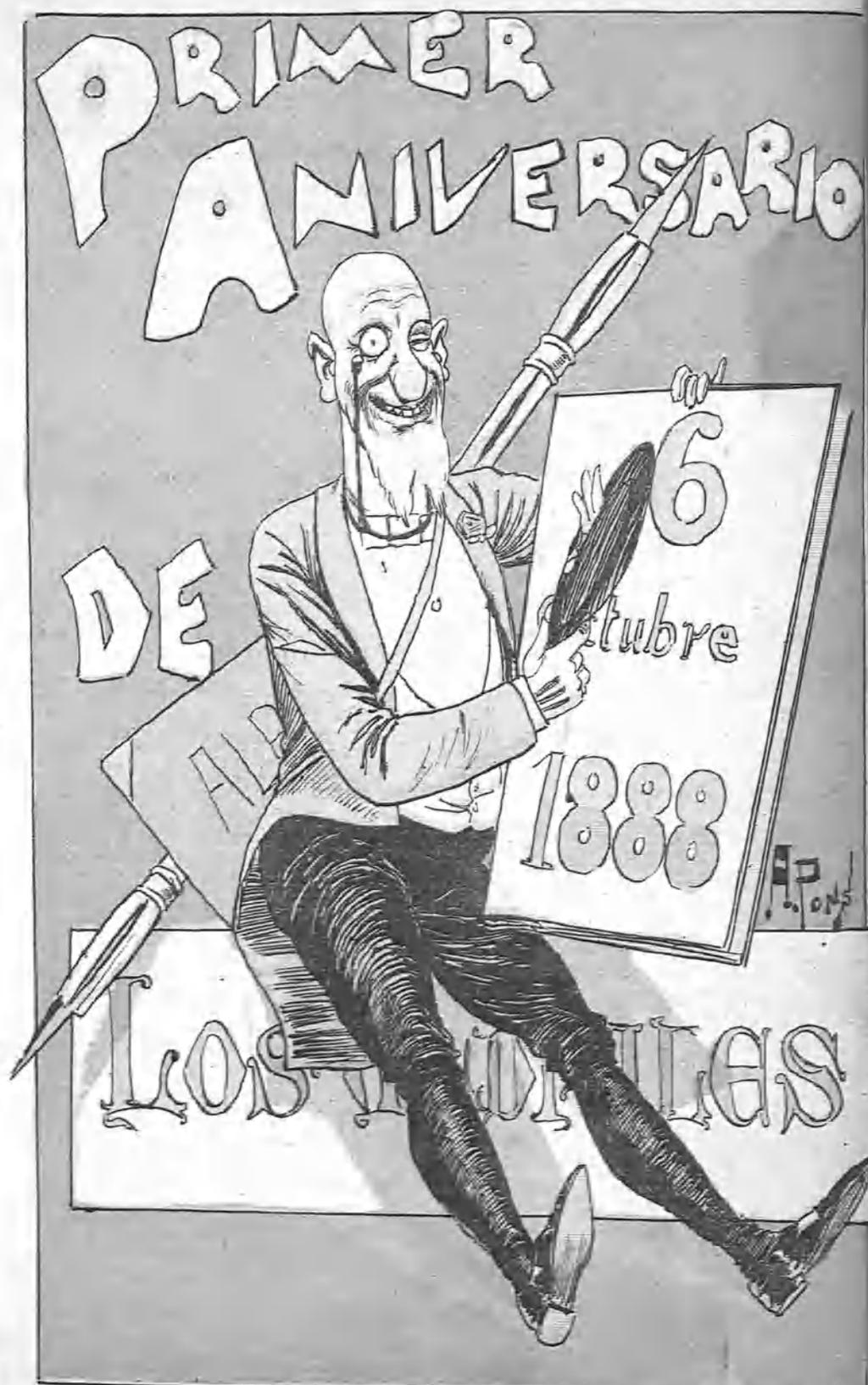
Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

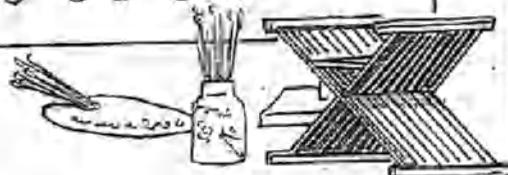
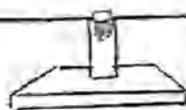
• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO



Hoy celebramos fiesta de familia. ¡Todo es júbilo hoy en esta casa!

LOS MADRILES ha cumplido doce meses de edad.

¡Un año!

¿No les parece á ustedes que nuestra alegría es muy natural y muy puesta en razón?...

¿No es verdad que debemos estar muy orgullosos?...

Ver al chiquitín, criadito, hermoso, andar solito y hablando más claro que cualquier académico de la lengua! ¡Ahí es un grano de anís la casa!

La criatura nació con suerte. Desde el principio cayó en buenas manos.

Federico Urrecha es un comadrón muy hábil y un operador muy experto.

Cuidó al rapaz con amor de padre, y guió sus primeros pasos con tanto cariño como acierto.

¿Y Pons? ¿Y Cilia? ¿Y Mecachís? El primero como nodriza, y los otros como niñeras, y viceversa, es decir, alternando, han llevado en sus brazos al pequeño con un esmero tal, que ha cumplido sus cincuenta y dos semanas sin una caída ni un tropiezo, sin un

mal chichón, sin la más pequeña descalabradura.

Verdad es que la familia no ha escaseado gastos ni sacrificios, y la bolsa del Administrador de la casa ha estado siempre dispuesta para todo.

Hagamos esta justicia al amigo López. ¡Quiere á Los MADRILES como á cosa propia!

Y es que el angelito se hace querer de todo el mundo. ¡Es tan bondadoso y tan simpático!... Pues ¿y enamorado? ¡Ahí es nada! Como que tiene la mejor colección de retratos de mujeres hermosas de todos los países.

Su salud es hoy inmejorable, y anuncia las más felices disposiciones.

No es esto decir que le hayamos criado sin trabajo.

Nada de eso.

En los primeros meses pasó el sarampión, la tos ferina, la alfarbrilla y demás dolencias naturales de la infancia.

Y allí fueron de ver nuestros afanes y cuidados para que no se malograra el angelito.

Hoy está hecho un rollo de manteca, y da gozo mirarle tan adelantado y tan hermosote.

Ha saltado ya los andadores, y fuerte y robusto se pelea á moquete limpio con otros chipilinas de su edad.

Y aun con algunos más crecíditos.

Por supuesto, esto lo hace por las alas que le dan y los mímos que le hacen los amigos de la casa.

Todos se desviven por obsequiarle.

Y es natural; el chiquillo se engríe.

¡Si vieran ustedes las caricias que le prodigan Eduardo de Palacio, Mariano de Cavia, Pepe Laserna, el malhumorado Clarín y hasta el grave y sesudo Miguel de Escalada, ó Venancio González!

Aún no había roto su primer diente, ya le habían regalado una caja de pastillas y un frasco de jarabe Vital Aza y Ramos Carrión.

Empezaba á sentir los dolores de la dentición, cuando un servidor de ustedes — que se muere por los niños — se encargó de seguir dándole el biberón.

Afortunadamente, la criatura es dócil y cariñosa, y todos los amigos del papá me

han ayudado poderosamente en la tarea. A no ser por su eficaz cooperación y su constante apoyo, acaso el chiquitín hubiera sucumbido entre mis inexpertas manos.

Pero... ¡sí, sí! ¡Ganas de morir se tenía el arrapiezo!

Ni era posible que muriera, prodigándole sus cuidados las personas que lo hacían.

Cada día más ágil y rollizo.

¡Como que se han interesado por él nada menos que Galdós, Pereda, Camponamor, José Zorrilla y Jacinto Octavio Picón!

¡Vaya! Aún se les cae la baba á los papás recordando las caricias que han prodigado á su vástago José Echegaray, Manuel del Palacio, Pepe Estremera, Felipe Pérez, Joaquín Dicenta y Ricardo de la Vega.

¡Como quien dice, nadie!

¡Está lo más mimado!

Cada quince días, ya se sabe, Blasco le envía desde París un agasajo, y Pepe Estrañá, desde Santander, una buena pacotilla de bombones, caramelos y otras chucherías.

¡Si esto no es cuidar de la criatura!

Callejero de suyo, y amigo de lucir la personita, siempre está piando porque le saquen á paseo; pero el muy vanidoso no quiere salir con cualquiera. ¡Bah! ¡Bonito es el niño para ir mal acompañado! Así es que siempre le habrán ustedes visto por esas calles llevado de la manita por Sánchez Pérez, Luis Ansoarena, Eusebio Sierra, Fiacro Iráyoaz, López Silva, Constantino Gil, Salvador Rueda, Rafael Torromé, Fernández Shaw á otros amiguitos por el estilo.

Pepe Zahonero le quiere entrañablemente.

Se asombrarían ustedes si vieran la colección de riquísimos juguetes que hay esparcidos alrededor de su cunita.

Allí los hay de Calixto Navarro, Liern, Emilio del Val, Fray Candil, Miguel Sawa, Paso, Larrubiera, P. P. Villanueva, Catarinen, Salazar, y otros cien cuyos nombres no es fácil recordar en este momento.

Los MADRILES no hace aún más que balbucear, y ya pronuncia con cariñoso respeto todos estos nombres.

¿Qué más? ¡Hasta Rublóns, el Bautista y Laporta se han esmerado en la hechura de los trajecitos que han hecho para el rapaz!

¡Tiene el pijo una suerte!

¿Y qué diremos de la buena acogida que ha merecido del público?...

Es maravilloso.

Salir á la calle cada semana con ropita nueva, limpio y aseado, y disputárselo todo el mundo, es una misma cosa.

Todos le quieren, sin distinción de clases ni categorías, y se le encuentra en el *baldoir* de la dama aristocrática, en el despacho del político y del hombre de negocios, en el cuarto del estudiante y en el cuarto de banderas, lo mismo que retozando en el taller del artista ó en el alegre obrador de la costurera.

Aunque pequeño, sabe ya agradecer tan benévola acogida, y nos ha dicho (en secreto por supuesto) que está estudiando la manera de corresponder dignamente á tan inmerecidos favores.

¡Oh, si él fuese mayor!

Pero ya crecerá ¡qué diantre! y entonces verán ustedes de lo que es capaz el mozo.

No le falté á él, como hasta aquí, el cariño de los unos y la protección de los otros, y el porvenir es suyo.

Lo dicho, dicho.

— ¡Eh!... Allá voy. Con permiso de ustedes, me retiro; oigo que me está llamando, y no quiero hacerle esperar... porque tiene también su geniecito.

— ¡Que ya voy! De fijo es alguna nueva exigencia que nos costará los cuartos...

¡En fin, siempre ha de redundar en favor de ustedes! Con que...

— ¡Que voy, he dicho!



¿VA USTED A PARÍS?

La pregunta obligada.
 ¿Quién no va á París?
 Ya ven ustedes; por veinte duros ida y vuelta, sin emantención, por supuesto.
 —Ahora va cualquier pelagatos.
 —¿Y por eso me pregunta usted si voy á París? Yo no pelo gatos ni pelo á nadie.
 —¿Por qué dirá usted que no voy yo?
 —¿Por no tener los veinte duros?
 —No señor; porque tengo á mi mujer embarazada, y me disgustaría que diera á luz un francés.
 —Hombre, quien ha de dar á luz no será un francés, será la esposa de usted.
 —Justo; pero si me sorprende el suceso en París, ¿dejará de ser francés el chico, ó francesa la chica que resulten?
 —¿Pensaba usted llevar á su señora?
 —No, señor; pero creo que basta que vaya yo.
 —¿Qué barbaridad!
 —Será francés el hijo de padre residente en Francia...
 —¿Qué ha de decir eso la ley!
 —Bien; pues quiere decir que no voy en la duda... de si tendré dinero.
 —¡Ya! Eso es otra cosa.
 —¿Qué persona medianamente eselta no va á la Exposición?
 Todos van.
 Entran ustedes en la peluquería.
 —¿Y el maestro? preguntan (si quieren).
 —En la Exposición.
 Visitan ustedes al asstra.
 —¿Y el principal? preguntan (vuelvo á decir que si gustan hacerlo).
 —En París.
 —¿Y el sereno?
 —En Francia.
 —¿Y la portera?
 —Ha ido á ver la Exposición y á Boulanger; como está eso tan barato...
 El aguador ha dejado un sustituto; otro aguador encargado de dos cartaras durante la ausencia del gallego propietario, ó sea auténtico.
 Una joven chula pregunta á otra del gremio:
 —¿Dónde está tu hombre?
 —Pues, chica, con los ahorros de relojes y otras frioleras, se ha ido á la Exposición de Francia. Es tan activo, que no puede estarse mano sobre mano; y es lo que él me decía: «¿Qué hago yo aquí, en el verano, cuando no hay más que pobres en Madrid? Pues me voy á París, que allí hay muchos forasteros y puede caer algo.» Y se fué.
 —Es verdad. ¿El qué pierde? De todas maneras han de costearle el viaje de vuelta. Aunque no fuera más que viniendo con la pareja de guardias civiles, ya ves...
 —¡Ay, hija! No quiera Dios que vuelva por lo civil á España.
 —¿Qué quieres, que vuelva por lo eclesiástico?

Los que pierden el tiempo haciendo estadísticas, así como hay otras que le invierten haciendo espalillos para la dentadura, dicen que el número de españoles que ha visitado la Exposición pasa de veinticinco mil.

Se puede quitar *hierro*, digo, quitar españoles.
 Pero es igual. Los cálculos del presupuesto de gastos siempre resultan deficientes.
 —Mira, opina uno que ya ha visitado París, según él dice, un franco de cuarto para dormir, un franco cincuenta, para almorzar en un *bouillon*, dos francos para comer, y son cuatro francos y cincuenta céntimos: vamos, cuatro pesetas y media, y luego, para ropa limpia y tabaco y diversiones, otro franco: por veintidós reales, todo.
 —¿Pero qué se come?
 —Como un principe, ó como varios principes.
 —Será como varios principes tártaros, pero no como principes civilizados siquiera.
 —Se exagera mucho en los precios de los artículos.
 —Sí, ya sé que hay quien los paga y quien los escribe á veinte y treinta reales para periódicos con monos.

AGUSTA HOLMÉS (*)

—Hablo de los artículos de primera necesidad, y en París.
 —Para vivir, siquiera regularmente, opina otro que si no conoce á París, le presiente, se necesita gastar veinte ó veinticinco duros diarios y la mantención y recreos aparte.
 —¿Pues para qué son los veinticinco duros?
 —Para habitación y cama y ropa limpia.
 —¿Habrá necesidad de alquilar un mono para que se pase el día mudándole á uno de camisa?
 —Almuerzo en la torre Eiffel: veinticinco francos y diez de propina...
 —Treinta y cinco.
 —Treinta francos de comida y quince para los chicos del *restaurant*...
 —Cincuenta.
 —¿Y treinta y cinco?
 —Ocho contos de reis por hora.
 Por supuesto que el que tales grandezas cuenta va luego á París ó á cualquier otro punto y bebe «en alcarraza», como *Manolito Gázquez*.
 Ahora empieza á resultar que, exceptuando á cuatrocientos ó quinientos españoles del último frito social, todos los demás han visitado la Exposición de París.
 Se cree humillado cualquier hombre de bien confesando que no ha oído cantar á las ríngaras, ni tocar á las húngaras, ni lamentarse á las egipcias y á las javanesas.

Ni ha paseado por la Galería de Máquinas; con la misma curiosidad inteligente que pudiera pasear por el patio de la Casa de Fieras en Madrid.

Y las personas que no han ido, se preparan. Algunas están preparadas desde la infancia. Otras no van por razón de carácter, ó por mal estado de salud, ó por delicadeza de gustos y de físico.
 Oí decir á una señorita á quien preguntaron si iba á París: —Íría de muy buena gana, pero está de embarcarme no es para mí: el mar me mareará, seguramente.

EDUARDO DE PALACIO,



EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

MONUMENTO INAUGURADO EN PARÍS EL 21 DEL CORRIENTE

Fruta prohibida.

Eráse una gallina y érase un gallo, y érase un gallinero bien arreglado. Y érase un ama que les daba los granos por las mañanas. Contentos y felices gallo y gallina, se daban tales muestras de simpatía, que la guardiana... se puso algunas veces muy colorada.

Erá el gallo del cuento muy presumido por su bella apostura, su corvo pico, su hermosa cresta, y la punta afilada de sus espuelas. Un día, una vecina se fué al mercado, y allí compró un gallo feo y enano, mas seis gallinas jóvenes y pequeñas, ¡pero bonitas!

La primera mañana que el presumido se encontró á las vecinas, se armó el gran lío. Se acercó á ellas con el mayor descaro... ¡qué sinvergüenza! Mirábele el pequeño con malos ojos, pero no se atrevía con aquel moso. Hasta que al cabo, ¡no tuvo más remedio que alzar el gallo!

Con la cabeza orguida, la cola tiesa, y la cresta encarnada por la vergüenza, cantó el gallo *¡quiquiri!* diciendo: ¡tú eres un tipo! A semejante insulto contestó el otro dándole una patada junto á los ojos. Pero el enano le acometió con ira... ¡desesperado!

(*) Autora de la música de la *Oda al triunfo de la República*, cantada por 1.200 voces en el Palacio de la Industria, de la Exposición de París, el día 11 del actual.





—Y el marqués de Congrera, ¿qué ha hecho de su favorita?
—La vendió á unos gitanos. Estaba algo resentida de los cascos y cojeaba un poco. Acabará en la plaza de toros.
—¡.....!



—Ella se burló de mí, pero me he vengado: la he llamado insólita y concupiscente. He estado duro, lo comprendo.

—Lo de hurí del séptimo cielo sin duda me lo dijo aludiendo al piso que habito.



«Hermosa noche ¡ay de mí!
¡Cuántas como ésta tan Puras...»
me están haciendo muchísima falta!



—Pues di que si ahora no se atreve
ó no tiene corazón
ó no sabe distinguir de pantorrillas.



—Le juzgan mal los que dicen de él que es ligero.

—Dicen que cuando habla de mí me pone en los cuernos de la luna. ¡Ya le daré yo cuernos!

Teatro de Lara.



BALBINA VALVERDE
PRIMERA ACTRIZ

Recia fué la batalla,
bravo el jaleo:
¡estaban las gallinas
muertas de miedo!
Y el pequeñito
humillo la arrogancia
del presumido.

Aquel que de buen mozo
se las echaba,
con la cresta deshecha
volvió la cara.
Desde aquel día,
el pequeño fué el amo
de las gallinas.

Y el otro, que arrogante
no hallaba gloria
en vivir satisfecho
con una sola,
vió con tristeza
¡que ni caso le hacía
su compañera!

¡Quién tenga en sus dominios
casita y huerto,
que no acuda al humilde
cercado ajeno.
¡Deja en el árbol
la fruta prohibida,
lector amado!

FRANCISCO DURANTE

Teatro de Lara.



MATILDE RODRÍGUEZ
PRIMERA ACTRIZ

LA DIMISIÓN

Con la noticia de su muerte recibí su última carta. Una carta sin lágrimas, sin reconvencciones, algo así como el apretón de manos de un amigo que se despide y nos explica tranquilamente los motivos de su viaje.

Por lo que tiene de original esa carta, voy á copiarla íntegra, sin comentarios ni anotaciones de ninguna especie. Yo era el único lazo que unía á aquel hombre con el resto de la humanidad, y considero deber ineludible trasladar al público el último adiós de un suicida y hacer vivir la vida del recuerdo al que no pudo soportar la existencia diaria que nosotros vivimos.

La carta dice así:

«Mi querido y único amigo: Tú ya lo sabes; hace una temporada me ofrecí á mí mismo matarme, y voy á poner por obra el ofrecimiento.

«No creas que mi muerte obedece á una de aquellas exaltaciones del espíritu que perturban y provocan el deseo y la necesidad de morir; no creas tampoco que soy uno de esos románticos *curios* que se matan por contrariedades amorosas; menos, y en buena hora, ó mejor dicho, en mala hora lo digo, me las doy de genio maltratado por las injusticias de su época, y, en clase de tal, abandono el mundo echando pestes de su ignorancia, de su egoísmo y del odio rencoroso con que trata á las personas de talento. Ni estoy loco, ni enamorado, ni enfermo de sabiduría y de inspiración; soy sencillamente un hombre que se marcha sin murmurar de nadie y con la mayor cortesía posible.

«Si la sociedad toda pudiera personificarse y hacerse tangible, yo le diría:

«Usted dispense si me alejo de su presencia; pero es preciso. Beso á usted la mano.

«Afortunadamente, no leerá esta carta ninguno de esos moralistas rutinarios que repiten como axiomas filosóficos, ideas que acaso no tuvieron otro objeto, para su autor, que el de llenar cuartillas y cumplir con sus editores. Si un moralista de este jaez leyera los párrafos anteriormente escritos, hablaría de los derechos sociales conculcados por el hombre que se resta de la agrupación, de la cobardía que entrafía el abandonar la lucha, del fraude que se comete suprimiendo una vida que no pertenece al que la lleva; en una palabra, de todas esas cosas que se llaman razones de alta filosofía y que yo no juzgo por tales, á pesar de todos los sabios y de todos los moralistas del universo.

«Te advierto que tengo también mis razones para hablar así; razones que, á mi juicio, desvirtúan las otras.

«Voy á explicártelas brevemente, porque estoy de prisa y porque, después de todo, cuando tú vinieras á refutarlas, si te ocurriese hacerlo, llegarías tarde.

«Viene el hombre al mundo como va un empleado al departamento donde le conduce la credencial: á desempeñar un cargo cuyas obligaciones debe cumplir, so pena de merecer fama de torpe, de inútil, de inservible y de inutilizable.

«Supongamos que el empleado es un hombre de bien; que llega á la oficina; que le encargan

de esto ó de lo otro, y que se pone á la faena con verdadero propósito de llenar fiel é inteligentemente su cometido.

«Pero cáatate que el tal se convence de que no sirve para el asunto, de que desconoce en absoluto la máquina administrativa que se le ha confiado, y agrega, á mayor abundamiento, que toca con la experiencia la certidumbre de que nunca será útil para aquello que se le encomendó.

«¿Qué hace este hombre? Pues si se llama hombre de bien y tiene conciencia, se dirige al jefe, si es empleado de poca categoría, ó al ministro, si es jefe superior, ó al Presidente del Consejo, si es Ministro, ó al jefe del Estado, si es Presidente del Consejo, y exclama:

«Señor: Yo no sirvo para estas cosas; estoy en desacuerdo con el país; ni yo lo entiendo á él, ni él me entiende á mí. Tenga usted la bondad de aceptarme la dimisión.»

«Y la presenta, y se marcha; y hace perfectamente.

«Yo he considerado siempre la vida como un empleo que Dios concede. Da á un sér inanimado credencial de hombre, y le dice: «Caballero, vaya usted á la oficina y procure desempeñar fielmente sus obligaciones. A vivir.»

«Conste que he tratado de cumplir la orden hasta lo último. Créf que la primera obligación era el trabajo, y quise trabajar; pero la pereza, que es al individuo lo que las faltas de ortografía son al escribiente, se opuso á ello, y nunca hice nada de provecho; tenía mis ideas á propósito del amor y de las mujeres, y la primera que las oyó se puso á reír, y la segunda hizo lo mismo, y así sucesivamente; de donde deduje la consecuencia de que, si no servía para trabajador, tampoco servía para enamorado.

«El hombre tiene obligación de divertirse en las diversiones, y yo no me divierto; de sufrir á sus semejantes, y á mí me resultan insoportables; de hacer algo, y yo no hago nada; de servir para alguna cosa, y yo, por mi modo especial de ser, resulto un estorbo donde quiera que me presento.

«Todo eso es verdad. Yo soy honrado; y esto, aunque sea una rareza, es verdad también. ¿Qué hace un hombre honrado cuando se convence, como yo me he convencido, de que no es idóneo para el oficio de ente social que le tocó en suerte?

Pues dirigirse á Dios, y decirle:

«Señor: Yo no sirvo para vivir en sociedad; estoy en desacuerdo con el mundo, y él en desacuerdo conmigo. No nos entendemos. Por consiguiente, tened la bondad de aceptarme la dimisión.»

«Y eso hago yo: me marcho; presento la dimisión y te mando una copia.
«Tuyo afectísimo

MANOLO.»

Esta es la carta de mi amigo.
¿Será la obra de un loco? Parece indudable de todo punto. Aunque, bien mirado, si se puede dimitir una cartera, ¿por qué no se ha de poder dimitir la vida?

JOAQUÍN DICENTA.





ALBERTO HONORATO CARLOS
ACTUAL PRÍNCIPE DE MÓNACO

Los nuevos Rabelais.

(IRONÍA)

Rabelais, en una iglesia de Turéna
suplanta á San Francisco; se reviste
los hábitos sagrados, y se invierte
en el altar, de majestad serena.

Acude el pueblo fiel, el templo llena;
pero el santo fingido no resiste
la represada hilaridad del chiste,
y con risa brutal el aire atruena.

La multitud, que mira con espanto
la moña descubierta, vengadora,
del sacrilego audaz corre al encuentro,
y hace que espie su maldad con llanto.

Los nuevos Rabelais, cautos ahora,
siguen la farsa y rien hacia dentro.

RAFAEL TOBRONÉ



El Príncipe CARLOS III DE MÓNACO

EN EL CASTILLO DE MARCHAIS EL 10 DE SEPTIEMBRE

DESDE EL BOULEVARD

El calor se fué, y esta partida nos ha dejado frios.
Tan frios que, sobre todo algunas mañanas, nos chupamos los
dedos... y no de gusto.
Luego estos cambios bruscos se sienten más.
A todos nos ha cogido el frío de improviso.
A algunos les coge sin abrigo.
Yo lo que siento es que me coge sin dinero. Porque en esto
soy de un constante...

Los últimos ocho días se han ocupado aquí exclusivamente
en las elecciones.

El comercio de papel de color debe haber hecho negocios co-
losales. Los candidatos han empapelado París.

Y como por el nuevo sistema de elecciones la lucha estaba
subdividida en circunscripciones, ó distritos electorales, y París
está electoralmente dividido en 43 de éstos, cada uno de los
cuales se disputaban lo menos cuatro candidatos, resulta que
cada aspirante á padre de la patria ha empapelado su distrito
dos ó tres veces.

Las paredes estaban, pues, cubiertas de siete ó ocho capas de
papel. Al ver esto, me decía un español que ha venido á ver la
torre Eiffel en el tran botijo:

—¡Tantas capas, y yo sin la mía!

—¿No la ha traído usted?

—La empecé para ayuda del viaje. No era decoroso quedarse
en España cuando han venido á París todos los de mi pueblo.

Así es que, por satisfacer este capricho, mi hombre se abriga-
rá este invierno con unos carteles electorales que se lleva como
recuerdo. Y, gracias al billete de ida y vuelta, volverá. Que si no,
éste, como otros muchos, se quedaba sin repatriar.

El domingo por la noche, con motivo de las elecciones, había
en el Boulevard la animación acostumbrada en tales casos.

Silbidos, mueras y vivas á los caudillos políticos, canciones
alusivas y cargas de caballería suaves para restablecer la circu-
lación.

Y mientras esto sucedía, el público de uno y otro sexo toma-
ba tranquilamente sus *consumations* y el fresco—que era de
premier choix—en las terrazas de los cafés.

Costumbres políticas que deben haber estudiado con atención
los personajes *idem* (políticos, ¿eh?) que de nuestra tierra tene-
mos aquí como *momentáneos*.

Unas elecciones tan reñidas como las que ha hecho Francia
el domingo, no se hubieran pasado en paz, ni mucho menos, en
nuestra tierra.

¡La de palos, pedradas y otras finezas que se habrían dado los
partidarios de uno y otro bando!

Amén de los *pucheros volcados* por el elemento oficial.

El actual ministro del Interior, que ha sido embajador en Es-
paña muchos años, y que, aparte de ser me-
ridional, es entusiasta de nuestras costum-
bres (como que no pierda una corrida, y
está muertecito porque maten el toro) no
ha llegado, en materia de elecciones, á to-
mar ejemplo de nuestros ministros de la
Gobernación.

Verdad es que en el distrito donde ha sido
candidato Boulanger han resultado quema-
dos, por equivocación, dos mil y pico de bo-
letines de voto, de los que había en la urna.



¡Bah! ¿Qué significa eso para un ministro del Interior que re-
sulta empastado en su distrito?

¡Cualquier día empatan allí á Sagasta, á Romero, ni siquiera
á D. Venancio!

En materia de hacer elecciones podemos dar quince y raya á
los franceses.

Ellos, en cambio, nos las pueden dar en materia de *apóstoles* y
curanderos que explotan la sencillez popular, si he de juzgar
por la noticia que da un periódico de medicina.

En ella declara un médico de París que ha ido una mujer á
consultarle sobre si debía tomar lo que le había recetado una
sonámbula, y era la friolera siguiente:

—Coger en el cementerio de Montmartre un hueso de pierna
(sin duda para que tenga más sustancia), envolverlo en un cal-
ceñín usado durante una semana, cocerlo así en un litro de
agua, y tomar esta tisana á tazas bien calientes.

Para poder seguir tal régimen haría falta un estómago como
debe tenerlo un soldado de coraceros que, según el mismo pe-
riódico, se ha comido de una sentada:

1.º Dieciséis tartas de rancho bien colmaditas.

2.º Una pierna de carnero de siete libras, con cuatro libras
de pan.

3.º Media libra de queso, con dos libras de pan.

Todo ello rociado con quince botellas de vino.

Recomiendo este coracero al Ayuntamiento de Madrid para
empleado de consumos.

Si no se le quiere echar á reñir con un baturre que me asegu-
raba en Zaragoza, hace algunos años, haberse comido, él solo,
un carnero asado, y que al ponerlo yo en duda y preguntarle
cómo había podido meterse entre pecho y espalda tal cantidad
de carne, me contestó con la mayor convicción:

— ¡Otra! ¡Pues... á fuerza de pan!

Fracasó el anunciado concurso internacional de belleza que á
principios de verano se anunciaba para París.

Todo tiene su compensación en este mundo.

Si el concurso de París fracasó, nos anuncian otro gran con-
curso internacional de belleza en Neuilly, que es á la gran capi-
tal lo que Tetuán ó Vallecas á Madrid.

El prospecto que tengo á la vista merece singular atención.

En primer lugar, ofrece el atractivo de anunciar que tomarán
parte en el concurso los más hermosos tipos de las cuatro ó cin-
co partes del mundo, en su traje nacional.

Las concurrentes no podrán tener menos de diecisiete años,
ni más de treinta.

No habrá, pues, características.

Pero lo que más me conmueve de este
concurso es la última nota, que le da un ca-
rácter humanitario, en extremo favorable
al aumento de población del mundo.

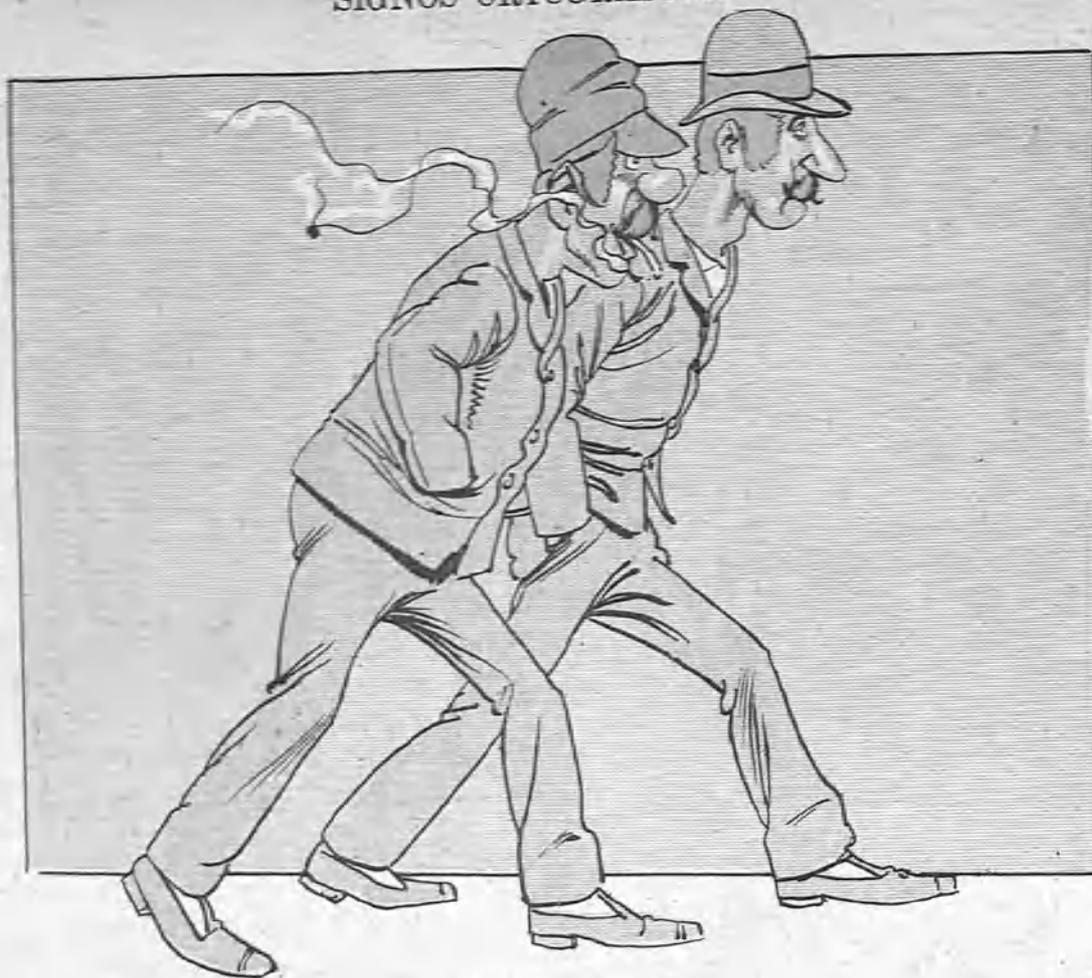
Dice así:

«Las vencedoras de este gran torneo serán
reproducidas por los mejores artistas.»

Ya veo á Pons camino de París para in-
scribirse en el concurso como... *reproductor*.

BLABCO.

París 30 Septiembre 1880.



DOS PUNTOS

ANUNCIOS RECOMENDADOS

W I C I E U F

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. PRADES Y COMPAÑÍA

Circulares, periódicos, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, etc.

Anuncios en periódicos, telones, medianerías y vallas.

Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios al que las solicite.

32, JESÚS Y MARÍA, 32, MADRID

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: una peseta.

PEPA B^{ccc}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos á esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.